

## Artículos seleccionados

# Llevarse la comida Chisme y tabú en un comedor del oeste del Gran Buenos Aires durante una contienda electoral.

**Laura Colabella\***

Fecha de recepción: 17 de julio de 2012  
Fecha de aceptación: 22 de febrero de 2013  
Correspondencia a: Laura Colabella  
Correo electrónico: mlauracol@yahoo.com.ar

\* Dra en Antropología Social. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y Universidad Nacional Arturo Jauretche.

### **Resumen:**

Entre los sectores populares, los espacios de la comensalía no se reducen al ámbito doméstico sino que incluyen otros de dominio público como las ollas populares, las copas de leche y los comedores comunitarios. El modo en que las familias deciden participar de esos espacios y enviar a sus hijos a comer allí, es un tema abordado por una amplia y diversa literatura. Los estudios sobre políticas alimentarias analizan dicha participación en términos de estrategias de supervivencia o de consumo, otros la refieren como una forma de asistencia del Estado a los sectores populares; y también hay quienes interpretan el funcionamiento de comedores comunitarios, como parte de circuitos más extensos -el clientelismo político-, cuya apertura y funcionamiento sólo tienen por finalidad la búsqueda de votos y/o apoyo político. Propongo aquí un análisis en otra dirección, que no anteponga categorías prefijadas por el investigador, sino que recupere los términos con que los protagonistas refieren su acercamiento/alejamiento a

esos espacios de comensalía pública. Así veremos que, para comprender y explicar la conducta de los participantes, resulta fundamental tomar en cuenta aspectos, de orden moral, poco explorados por la literatura sobre clientelismo y políticas públicas, como el chisme y el tabú. A los fines organizativos de este texto, en la primera parte presento un incidente que se desató cuando la encargada del comedor desautorizó a las mujeres que participaban a llevarse la comida que sobraba. Seguidamente analizo las coerciones que se abatían sobre ellas en la sucesión de eventos para finalizar con las implicaciones del enfoque etnográfico en los estudios sobre políticas públicas.

**Palabras claves:** Tabú - Alimentos - Política.

### Resumo

*Entre os setores populares os espaços de comensalidade não se reduzem ao âmbito doméstico, incluindo outros lugares de acesso público, como os restaurantes comunitários e os locais onde são servidas sopas e copos de leite. Os motivos que levam as famílias a frequentarem e encaminharem seus filhos a esses espaços é um tema abordado por ampla literatura. Os estudos sobre políticas alimentares analisam essa participação em termos de estratégias de sobrevivência ou de consumo que objetivam satisfazer as necessidades alimentares não cobertas pelo salário; outros a vêem como uma forma de "assistência" do Estado. Também há aqueles que interpretam o funcionamento dos restaurantes comunitários como parte de circuitos mais extensos - do clientelismo político -, cuja criação e funcionamento têm por finalidade somente a busca de votos e/ou apoio político. Proponho aqui uma análise em outra direção, que não priorize categorias e noções estabelecidas pelo pesquisador, mas que recupere a perspectiva dos protagonistas. Assim, veremos que para explicar a conduta dos participantes é fundamental levar em conta aspectos de ordem moral pouco explorados pela literatura sobre clientelismo e políticas públicas tais como os boatos e o tabu. Essa análise permite uma melhor compreensão das coerções que se abatem sobre as pessoas na sucessão de eventos para finalizar com as implicações do enfoque etnográfico nos estudos de políticas públicas.*

*Palavras chave:* tabu, alimentos, política.

## Introducción

-No se pueden llevar la comida- sentenció Nina mientras circulaba por la cocina del comedor del barrio Santa Rita. Y continuaba -Ahí veo una madre comiendo y este es un comedor para chicos y abuelitos... nos dijeron que el cupo era para 140 pero sólo tenemos para 92... así que después del chico 92 no tienen que entrar más... Y repetía una y otra vez a las mujeres a cargo de las tareas de atención, cocina y limpieza -No se pueden llevar la comida que sobra sino Acción Social nos va a cerrar el comedor<sup>1</sup>.

El comedor de Santa Rita llevaba dos semanas de funcionamiento, cuando aquel incidente ocurrió poco antes de un mes de las elecciones legislativas de octubre de 2005, que llevaban a Rubén, marido de Nina, como candidato a concejal por el municipio de La Matanza y por el Frente para la Victoria. Las palabras de Nina iban dirigidas a las mujeres que trabajaban con ella, todas beneficiarias del Plan Jefas y Jefes de Hogar<sup>2</sup>. La disputa principal se debía a que si bien todas recibían el mismo beneficio no todas concurrían al comedor el mismo número de días ni permanecían las mismas horas. Por esa razón, Sandra, comadre de

1. Los nombres propios de las personas y los barrios han sido alterados para impedir la identificación de los protagonistas. Solo mantuve los nombres reales de las personas públicamente conocidas y del municipio donde realicé la investigación.

2. El Plan Jefas y Jefes de Hogar desocupados fue lanzado a comienzos del 2002 en el marco de la declaración de "Emergencia Ocupacional Nacional". Estaba destinado a jefas/es de hogar con, al menos, un hijo menor a cargo y consistía en un subsidio de 150 pesos mensuales, a cambio de realizar tareas comunitarias como contraprestación, con una dedicación de cuatro horas diarias.

Nina y quien estaba a cargo del comedor durante su ausencia, estableció que la comida que sobraba al fin de la jornada fuera redistribuida entre las mujeres a cargo de la cocina y la limpieza. Un criterio al que Nina, en primer término, se opuso con insistente vehemencia.

La literatura que aborda la problemática alimentaria en los sectores populares de nuestro país, lo hace señalándolo como parte de estrategias de los pobres urbanos para alcanzar su reproducción (Hintze, 1989 a y b) o como parte de determinados patrones de consumo (Aguirre, 2005), otros análisis refieren el problema en términos de asistencia donde son frecuentes los usos políticos de los recursos que impiden la continuidad de proyectos como comedores infantiles más allá de los tiempos electorales<sup>3</sup>. Al que se agrega otro “escollo”, la desconfianza entre los vecinos y sus dificultades para organizarse y participar de un proyecto común (Golbert, 1992: 64 y 65); como así también formando parte del clientelismo político en tanto circuitos donde los recursos son cedidos a cambio de votos o apoyo político (Auyero, 1997, 2001, 2002, 2007)<sup>4</sup>. En este artículo, propongo un análisis en otra dirección, orientado a recuperar la perspectiva de los actores involucrados pues solo de esa manera podremos identificar cuáles eran las moralidades en disputa respecto de la redistribución de recursos públicos; más aún cuando éstos consistían en un plato de comida para poblaciones que dependían íntimamente de ella para su reproducción. Al mismo tiempo será posible reconocer la extensión y límites del término política en tanto hecho etnográfico que vincula y pone en relación a personas (vecinos) con instituciones, partidos y diversas esferas del Estado.

Dicho enfoque, tiene la virtud de sacar a la luz, aspectos que permanecen a la sombra de análisis que conciben a la política como un fenómeno a priori, escindida de otras esferas de la vida social

y próxima a nociones como crisis de representación donde abundan las evaluaciones negativas (la política es ineficaz, corrupta o poco transparente); como si en lo concreto del mundo social los fenómenos no fuesen fluidos resultado de una dinámica procesual, en las que se tejen relaciones, se definen obligaciones recíprocas y se perfilan identidades. El enfoque etnográfico, al constituirse como una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus protagonistas; permite identificar aspectos, que permanecen ignorados por otros enfoques más interesados en señalar la medida teórica de los conceptos con que interpretan los fenómenos que investigan. O también al revés, en la necesidad de señalar cuánto los fenómenos estudiados se ciñen a conceptos teóricos prefijados por el investigador.

Como pude verificar aquel día en el comedor de Santa Rita, cuando finalizaba la jornada y Nina regresó, se inició una discusión cuando Sandra arremetió con su respuesta -No van a cerrar el comedor y Rubén bien sabe pelearlo. Y Nina agregó -Pero ya sabes cómo son acá en Santa... y lo que van a decir. Por último Sandra le contestó -¿Así que por lo que van a decir? Y entonces ¿qué hacemos con la comida que sobra se la damos a los perros? La disputa se cerró días después con la salida de Sandra del comedor. A partir de esa escena me fue posible comprender que fenómenos en apariencia menores como los chismes, las habladurías y los tabúes ganan relevancia para explicar fenómenos como la política -frecuentemente abordada en estudios sociológicos de mayor escala- puesto que los mismos se tornan reveladores de los mecanismos de funcionamiento del control social, de la reputación y el capital simbólico (prestigio) de las personas; y del alcance de éstos para explicar el sostenimiento del equilibrio de fuerzas en extensos circuitos de redistribución de recursos públicos entre sectores populares<sup>5</sup>.

3. Es exigua la lista de trabajos que abordan el problema alimentario en términos analíticos. Desde una perspectiva etnográfica, constituyen una excepción los trabajos de Arribas et al. (2006) y Arribas (2008). Los que analizan las diversas atribuciones de sentido a la categoría “hambre” en los medios de comunicación.

4. Son numerosos las revisiones que ha sufrido esta versión del “clientelismo” que reproduce la visión reduccionista de la ciencia política que somete el análisis de extensos circuitos de redistribución a un solo momento de una relación más amplia que incluye, entre otros aspectos, la conformación de identidades, sentidos de pertenencia y dependencias mutuas. Para más informaciones ver, Colabella (2010), Masson (2002), Quiros (2008), Rodríguez (2005) y Soprano (2002 y 2005).

5. Entre los estudios etnográficos más notorios que destacan la importancia del chisme como elemento de control social, ver Elias y Scotson (2000), Fonseca (2000) y en contextos más próximos como un barrio popular de la ciudad de Paraná, Fasano (2006).

A continuación, voy a reconstruir las condiciones sociales en las que aquella disputa se inscribía, de recuperar el sentido que tenían las conductas en la sucesión de eventos, de identificar las coerciones que se abatían sobre ellas y de explorar las implicaciones de la anomalía que, como veremos, Nina introducía con su decisión.

## El comedor de Rubén

La apertura de aquel comedor tuvo lugar un mes después que Nina convocara a las mujeres que "trabajaban con ella" a un acto político, que tuvo por orador al ex presidente Néstor Kirchner. Como en aquella oportunidad, nuevamente para la apertura del comedor, apeló a todas las vías posibles para convocarlas a participar del mismo y distribuir las tareas que correspondería a cada una. Ella misma les avisaba a las que se cruzaba en el barrio, o lo hacía a través de un familiar, o de manera oficial a través del Tucu, -hombre de confianza de Rubén y quien cuidaba las instalaciones del club donde las mujeres firmaban la asistencia a las actividades "del plan"<sup>6</sup>.

Pero este no era el primer comedor que la Secretaría de Acción Social abría en Santa Rita. Dos años antes, en un local que funcionaba al lado del club -y que administraba una mujer que no me fue precisado su nombre- se abrió otro servicio de almuerzo para niños; pero fue cerrado por el municipio con el argumento de que allí se "guardaban" y "vendían" la comida. Como en aquella ocasión, el equipamiento y la mercadería del comedor eran financiados por la Secretaría de Acción Social del distrito y esta vez Rubén era el responsable de su administración a través de un contrato de comodato. Esto es, él cedía las instalaciones del club para el funcionamiento del comedor y aseguraba un número de personas encargadas de atenderlo entre las beneficiarias del Plan Jefes de Hogar que él mismo, junto a Nina, había inscripto a comienzos del 2002. A

cambio de lo cual la Secretaría asumió los gastos de instalación de una cocina y un freezer de uso comercial y de los alimentos, que consistían en la entrega semanal de: 10 kilos de carne, 6 kilos de pollo, 10 kilos de productos secos como arroz, fideos, lentejas y harina de maíz, 15 kilos de verduras y legumbres, latas de tomate y condimentos como aceite, sal y ají molido más la entrega diaria de 4 kilos de pan. La Secretaría también imponía un menú día por día y advertía acerca de las modalidades de inscripción mediante la solicitud de un "cupo" en el comedor más próximo al domicilio del postulante, el que sería concedido luego de un informe socio-económico por parte de un agente del municipio, previa presentación de los documentos de los niños y del adulto responsable.

Las imposiciones del municipio no eran fáciles de cumplir. En primer lugar, porque no todos los niños tenían documentos lo que obligaba a Nina a señalar que lo tenían en trámite y concederles una inscripción provisoria. Y en segundo término, porque el cupo para 140 niños que originalmente figuraba en el contrato se efectivizó solo para 92. Una cifra que a los ojos de Nina resultaba irrisoria respecto de la población infantil de Santa Rita. El día en que la acompañé a visitar las viviendas para iniciar la inscripción, me comentó al pasar mientras recorríamos los pasillos "con los chicos que viven en dos tiras ya llené el comedor". Si tenemos en cuenta que el barrio se componía de cerca de 50 "tiras"<sup>7</sup>, la disparidad entre los recursos recibidos y las necesidades del barrio era muy grande; y Nina era muy consciente de ello. Las visitas no eran linealmente casa por casa sino a algunas viviendas específicas con las que guardaban una relación personal<sup>8</sup>. Pero aún así, y ya desde los primeros días, se hicieron presentes no sólo los niños inscriptos mediante la convocatoria personal de la mujer de Rubén sino también numerosos chicos que llegaron allí por voluntad propia -o de sus padres-; lo que obligó

6. También había hombres inscriptos en los planes quienes se encargaban de tareas de mantenimiento del club y de las reformas e instalaciones cuando se abrió el comedor, otros realizaban el barrido de calles y zanjones; y también, durante los períodos electorales, había quienes se encargaban de las pintadas de los candidatos en los muros y paredes del barrio y zonas aledañas.

7. "Tira" era el nombre que los moradores de Santa Rita daban a los estrechos pasillos que componían la cuadrícula del barrio.

8. Para un análisis de las visitas "casa por casa" por parte de militantes peronistas en tiempos electorales, ver Rosato (2003).

a Nina a conformar un nuevo listado. Así eran dos los listados de concurrentes, el original y el nuevo, respectivamente.

El tercer día de apertura, Sandra, incorporó a los niños nuevos en unas hojas aparte y señaló a Rosa, otra de las mujeres que participaba del comedor, que el listado original había quedado en Acción Social y que, por esa razón, ese día no rechazarían a ningún chico. Porque probablemente si no lo encontraban en las hojas nuevas tal vez estaba en las hojas del original que había quedado en la Secretaría del municipio. A pesar de esta advertencia, Beatriz, hermana de Nina, se hizo presente para ayudarlas, y a un grupo de pequeños que no encontró en el listado, les dijo que no se podían quedar hasta no saber cuántos niños de los primeros inscriptos dejarían de concurrir. De modo que, Sandra comenzó a percibir rápidamente que sus criterios para administrar el comedor eran desconocidos. La situación se agravó más aún cuando Nina impidió a las mujeres retirar la comida al final de la jornada. Sandra vivió aquellos impedimentos como un desconocimiento a su autoridad lo que precipitó su salida. Por su parte, Julia, la cocinera, fue la primera en reaccionar cuando señaló abiertamente que si le impedían llevarse la comida mucha gente se le pondría en contra y que ella misma también abandonaría el comedor.

Para Nina, vigilar que no se llevaran la comida era algo difícil de lograr ya que la obligaba a abandonar sus otras obligaciones. Ya sea tanto en su hogar, como en la Secretaría del municipio. De modo que no tuvo más remedio que aceptarlo, más aún cuando Julia manifestó su disconformidad. Sin ella hubiera sido imposible sostener el comedor. Para Nina no hubiera sido sencillo ubicar una nueva cocinera en breve tiempo, y menos aún con la misma dedicación que Julia le profesaba al comedor, y que permitió extender el rumor de que allí “cocinaban rico y con mucha carne”. Aún a costa de “estirar” cuidadosamente el uso de algunos productos como aceite, arroz, queso cuando Acción Social demoraba la entrega de la mercadería. Así, la salida de Sandra obligó a Nina

a cambiar de opinión y más aún hasta pidió que reserven una ración de comida para “los muchachos de las pintadas”<sup>9</sup> que ella misma les servía cuando llegaban de vuelta bien entrada la noche y, a veces, la madrugada.

Rosa pasó a ser la nueva encargada, quien quedó a cargo de controlar el listado de inscriptos y todos los mediodías se apostaba en la puerta para controlar el ingreso de los niños. A la vez que ejercía fuertes controles sobre cada una de las mujeres. En particular, controlaba la ración de lo que cada una se llevaba. La situación se volvió insostenible, para Julia, puesto que toda vez que cruzaba la calle del comedor que la dejaba en la tira que desembocaba en su casa, numerosas vecinas solían comentar “miren la Julia todo lo que se lleva”. En numerosas situaciones Julia comentaba no soportar más la presión de los comentarios. Si después de todo ella cocinaba con cuidado y esmero para los hijos de todos ellos, que la criticaban, sin que nadie la ayudara. Esta presión se sumaba a los comentarios de las otras mujeres del comedor, que aseguraban que ella y toda su familia habían tomado el control de la cocina; puesto que los hijos y sobrinos de Julia, los días que no concurrían a la escuela, era frecuente verlos ingresar a la cocina y revisar armarios aún cuando había un cartel que expresamente lo prohibía. A este problema se sumaba otro, el enfrentamiento de las mujeres de la cocina con las del salón. Estas últimas, se molestaban porque, Julia y las mujeres que la ayudaban, se negaban a limpiar los utensilios que usaban para la cocción de los alimentos; cuando a ellas solo le correspondía atender a los niños y cuidar la limpieza solo del salón. Para neutralizar este conflicto Nina las convocó a una reunión para que se expusieran sus problemas. Las reuniones solían causarles bastante fastidio a todas puesto que las obligaba a ir en horario por fuera de la atención del comedor y más aún para oír reclamos y acusaciones, “puro puterío” al decir de ellas. Cierta día en que Alicia, otra de las participantes, se acercó al comedor para conocer las novedades de una reunión a la que no pudo asistir, Julia le contestó -las del salón dicen que nosotras las de la cocina

9. Ver referencia en nota 7.

no queremos hacer nada y bla... y Alicia agregó -yo no sé acá que se quejan tanto cuando yo estaba con los piqueteros tuve que ir al piquete con mi hija con varicela y acá solo tenemos que venir una vez por semana. Y continuó -yo ahora en las elecciones lo voy a votar a Rubén<sup>10</sup>. En los días siguientes, las paredes del barrio aparecieron empapeladas con afiches que mostraban el rostro de Rubén como candidato a concejal acompañando a Balestrini, su jefe político. Todas hicieron comentarios al respecto algunas a favor otras en contra, éstas últimas en ausencia de Nina. Puesto que, cuando la mujer de nuestro candidato se hizo presente, preguntó a cada una de las mujeres a quién votarían a la vez que les entregaba la boleta del Frente para la Victoria que llevaba a Rubén como candidato a concejal.

Por aquellos días el clima del comedor comenzó a cambiar, el entusiasmo no era el del comienzo, y las agresiones y conflictos pasaron manifestarse abiertamente sin vueltas ni rodeos. Parecía que la vida del comedor iba llegando a su fin. El punto más álgido de conflicto se alcanzó cuando un niño al que se le negó la permanencia fue más tarde con su madre quien pidió a su hijo que señalara quien le había impedido el ingreso si "las de la puerta" (Rosa) o "de la cocina" (Julia). López, el marido de Julia, quien cada tanto solía pasar por el comedor para avisarle que se ausentaría por un rato de la casa, vio la escena en que aquella mujer preguntaba, a su hijo, por la persona que le había impedido permanecer durante el almuerzo; y al ver que su esposa podía verse involucrada en una nueva acusación juró que no la dejaría ir más. Para López ya era suficiente con soportar los comentarios de los vecinos por el retiro de la comida de manera que una nueva imputación lo obligaría a tener que *saltar por ella*.

Al día siguiente Julia no se presentó al comedor en el horario que lo hacía habitualmente sino que fue más tarde para decirle a Nina que *el López* quería hablar con ella. Cuando Julia llegó el clima se puso particularmente tenso y todas las presentes la miraban atónita sin pronunciar palabra.

Señaló a Rosa como la culpable por lo que había ocurrido cuando dijo *si el pibito le apuntó a esta... cuando la madre le preguntó...* Rosa completamente enojada se defendió diciendo que sólo le había indicado que le preguntara a Nina por qué razón no figuraba en el listado si había sido inscripto oportunamente. Al parecer, argumentó Nina, ese nene hacía varias semanas que no iba al comedor y por esa razón lo habían *borrado* para darle el cupo a otro chico. Todo terminó con la indicación de Nina que de aquellos niños que no figuraban en el listado se los dejara pasar anotándolos aparte. Ese día noté a Nina particularmente cansada y abatida y antes de cerrar el comedor mientras ayudaba a las mujeres a baldear el piso del club hizo al pasar un comentario que inquietó a quienes la escuchaban ... *si esto sigue así voy a hablar con Rubén para cerrar el comedor*.

## Los significados de la comida en Santa Rita

Desde hacía 5 años que Rubén venía peleando por su propio comedor luego de la creación del club cuando éste fue inscripto como sociedad de fomento. En el momento de su apertura, existían en el área más próxima, otros dos comedores. Uno que funcionaba en la escuela más cercana donde concurrían la mayoría de los chicos del barrio. Y otro, en el asentamiento 1ero de Febrero -contiguo a Santa Rita y formado por algunos vecinos que decidieron tomar los terrenos dos décadas atrás- que administraban miembros de una organización piquetera. De modo que, al abrir su propio comedor, Rubén disputaba su hegemonía en la zona. Una disputa que también incluía a líderes de otras agrupaciones peronistas. Rubén era responsable de una extensa área que se extendía más allá de los límites de Santa Rita y que cubría diversos barrios donde funcionaban unas 25 unidades básicas. Más allá de la cual había otros líderes que integraban otras agrupaciones que también disputaban recursos y personas. Fue a través del establecimiento de un menú propio, que incluía la carne como alimento principal, y cuya elaboración no se reducía a los envíos de

10. Para una etnografía sobre los modos en que familias diversas se acercan e involucran con los movimientos piqueteros, consultar Quirós (2006).

la Subsecretaría de Acción Social del municipio sino que incluían productos como carne y verduras que él mismo buscaba en el mercado central de La Matanza y en frigoríficos de la zona; el modo en que Rubén encontró para consolidar su poder en aquella región.

Como en la mayoría de los comedores, los niños no podían elegir qué comer sino que debían aceptar lo que se les era servido, pero aún así el menú tenía una amplia aceptación y el momento de apertura, atención y servicio era vivido con algarabía. Todo parecía indicar que la comida que allí se servía introducía una novedad para aquellos niños. Muchos de los cuales, como Julia refirió en la primera reunión antes de abrir el comedor: *se van a dormir sin cenar*. Y la única comida del día solía ser la que les servían en el comedor de la escuela donde *servían un arroz todo pegado y sin sabor a nada*, como Nina me manifestó en una oportunidad en que la acompañé a cuidar la puerta de ingreso.

En suma, el menú que allí se servía, cuyo producto principal era la carne, representaba una frontera que demarcaba lo que no se servía en las mesas de sus casas y tampoco en los otros comedores de la zona. En otras palabras, la carne era para aquellos chicos y sus familias un bien de lujo al que ahora, excepcionalmente, podían acceder.

El consumo de carne -en especial la carne vacuna- encierra una serie de significados que no podemos eludir. Durante los años del primer peronismo, el estímulo por el consumo de carne entre los sectores populares, fue una retórica que articulaba la mejora en el estándar de vida con el derecho de los sectores populares a la auto-gratificación, al ocio y al placer (Milanesio, 2010)<sup>11</sup>.

Rubén parecía recuperar aquella tradición como *peronista de toda la vida*, como se definía a sí mismo, aún cuando eso suponía un esfuerzo extra

de su parte que lo obligaba a recorrer frigoríficos y el mercado central, cuando la Subsecretaría de Acción Social demoraba las entregas o éstas no cubrían el cupo de los chicos que concurrían diariamente allí.

Para las mujeres que participaban del comedor, la comida, tenía, a su vez, un significado más. A diferencia de lo que ocurría en otros contextos empíricos, donde comer *lo que sobra* puede acarrear el riesgo de la degradación moral, la contaminación biológica y la pérdida de status; por el contrario, en Santa Rita, “las sobras” eran representadas de manera altamente positiva. Pues el reparto diferencial de la comida al final de cada jornada era la forma de cuantificar la dedicación diferencial que cada una de las mujeres le profesaba al comedor; y consecuentemente a Rubén<sup>12</sup>. Pero era éste un punto de vista que sólo compartían las mujeres que participaban del comedor y no los vecinos de Santa Rita. Para quienes, *llevarse* era sinónimo de *robarse* la comida. Una percepción que se propagaba mediante el chisme, que a Nina atemorizaba sobremanera; y que la llevó a discutir fuertemente con Sandra, quien finalmente abandonó el comedor.

*Las sobras* no estaban previstas entre las normas que imponía la Subsecretaría y qué hacer con ellas quedó librado a diferentes interpretaciones. Para las mujeres que participaban del comedor, éstas representaban una forma de compensar dedicación desigual cuando todas recibían el mismo plan y, en consecuencia, el mismo monto de 150 pesos a fin de cada mes. Dedicación desigual que no se medía sólo en términos temporales -concurrir más días o más horas- sino también en términos de la destreza y habilidad en la cocina y de la generosidad de algunas de ellas, al proveer ollas y demás utensilios personales, para facilitar las tareas del comedor. Todos esos aspectos estaban materializados en la comida que cada una retiraba al final del día y era vivida, a la

11. Dicho estímulo fue posible a través de una política de control de precios que permitió concretar una postergada demanda de los sectores trabajadores y los partidos de izquierda de la década del '40. El considerable aumento del consumo de carne per capita por aquellos años se constituyó en un ejemplo de la transformación de la Argentina en un país con “justicia social”, “soberanía política” y “economía independiente”. Sin embargo, se trataba del consumo de los sectores trabajadores de la ciudad de Buenos Aires puesto que en las zonas norte y centro del país el consumo de carne, aún en tiempos del peronismo, continuó siendo insignificante y la población continuó padeciendo los efectos de la desnutrición (Cf: 2010).

12. Para un análisis de los cambios de significados atribuidos a las “sobras” – the leftovers- en la cocina india durante el proceso de construcción de la “national cuisine” entre las décadas del 60 y 70, consultar Appadurai (1988).

vez, como justa compensación por la lealtad profesada hacia Rubén. De ahí la fuerte y unánime reacción frente a la decisión de Nina que alteraba por completo lo que era una práctica habitual en los comedores de La Matanza. Pues fue vivido como un profundo desconocimiento a un denodado trabajo que, en muchas de ellas, alteró por completo su cotidianidad trayéndoles, en muchos casos, problemas con sus maridos por descuidar sus tareas domésticos y sus hijos. Esa era la lectura puertas adentro del club donde no se *llevaban* sino que se ganaban la comida de sus hijos, como Julia lo manifestó en varias oportunidades.

Puertas afuera del club por el contrario, quienes cruzaban la calle con fuentes con comida, eran señalados como *llevándose* la comida entendiéndose por ello la apropiación de recursos públicos, es decir, *robarse* la comida. Esta situación resultaba de la dedicación desigual que cada una ejercía en el comedor y, a la vez, de las jerarquías que se trazaban entre las participantes: encargada, cocinera, ayudantes y mujeres a cargo del salón, creadas por la misma Nina puesto que eran la condición de posibilidad para el funcionamiento del comedor y el mantenimiento del orden.

Por ese motivo, nuestra protagonista se vio obligada a cambiar su decisión y debió permitir el retiro de la comida que sobraba y hasta extendió esa compensación a los muchachos de las pintadas. De lo contrario, el comedor no hubiera podido continuar. Lo que en palabras de Julia se expresó como: *si Nina no nos deja llevar la comida mucha gente se le va a poner en contra*, quien también aseguró abandonar el comedor si no le era permitida retirar su ración. Al mismo tiempo, las jerarquías delimitaban áreas de poder: Julia en la cocina y Rosa en la puerta. El abandono de Julia se produjo luego de aparecer vinculada con el impedimento de ingreso de una de una nena, una tarea a cargo de Rosa. Es decir, avanzando sobre un área que no estaba bajo su dominio -la puerta- y desconociendo en el área bajo su control -la cocina- la ayuda que recibía de las otras participantes.

Pero las jerarquías, si bien eran la condición de posibilidad para el funcionamiento del comedor, podían constituirse a costa de invisibilizar la dedicación de quienes ocupan los lugares subalternos. Como ocurrió en el caso de Julia, lo que fue neutralizado mediante el chisme, práctica que, en aquel contexto, activó fuertemente los mecanismos del control social.

La centralidad y la importancia que el chisme cobra en la vida cotidiana de los sectores populares ya ha sido señalada por Fasano (2006). Para quien, en esas poblaciones, el "chisme es cosa seria" pues tiene la función de transformar cuestiones que no pueden ser dichas abiertamente, en cuestiones de moralidad pública (cf. 2006:141 y 146). El chisme lo que revela es el posicionamiento que los sujetos adquieren en relación a la moralidad sostenida por la comunidad de referencia. De modo que los individuos que *chusmean* son modificados a través del ejercicio de esta práctica y la identidad de unos y otros es redefinida de modo constante a través del juego de posicionamientos en el espacio social a través del chisme (cf. 2006: 143-144).

Juegos de posicionamientos que reconocimos en las salidas de Sandra, primero, y Julia, después; y que en ambos casos redefinieron las jerarquías entre las mujeres que participaban de la organización del comedor. No obstante, vale aclarar que el destino de cada una luego de abandonar el comedor fue bien distinto. Sandra volvió a *la política*, a los *rastrillajes* a la búsqueda de votantes *casa por casa*<sup>13</sup>. Incluso, poco antes de las elecciones, volvió a visitar a Nina al comedor para comentarle los avances de su tarea. Todo hacía presumir que la paz se había restablecido entre ellas. Por el contrario, Julia, luego de abandonar el comedor, quedó recluida en su casa sin atreverse a ser vista por las tiras de Santa Rita saludando y conversando con los vecinos como lo hacía habitualmente.

## A modo de cierre

Las relaciones de intercambio aquí analizadas suelen ser calificadas peyorativamente de cliente-

13. Las visitas casa por casa son una práctica de los militantes peronistas para buscar votantes y convencerlos que la lista propia es la mejor para votar. Las visitas no son a "todas" las casas sino a aquellas donde reside una persona con quien se mantiene un lazo personal. En ese sentido, consultar Rosato (2003).



lismo político, en tanto se supone que esconden una relación de explotación y extracción de plus valor político. Esta relación se apoyaría en una supuesta ignorancia de la parte explotada en la transferencia de su energía social (su trabajo) utilizada para poner en circulación objetos que no le pertenecen como planes sociales, mercaderías y alimentos preparados. Este tipo de orientación toma como separados y en oposición los dominios de la economía vinculados a la subsistencia; y el de la política como espacio social del ejercicio moral de la voluntad, la decisión y el carácter. De un lado encontraríamos el estado de naturaleza movido por la necesidad, aquel que intercambia su voto por un plato de comida; y del otro el estado de la cultura o más bien la cultura del Estado que mediante el ejercicio de políticas públicas superaría las desigualdades y crearían las condiciones para el ejercicio de una política ciudadana (Borges, 2009). De ese modo, estas visiones sustentan que la única manera en que los sectores populares pueden vincularse a la política es a partir de la necesidad material.

Estos aspectos pueden reconocerse en la literatura específica sobre políticas alimentarias. Sus análisis interpretan las conductas de las personas que llegan a los comedores en términos de estrategias entendidas como “el conjunto de actividades que los sectores populares realizan para satisfacer sus necesidades alimentarias, las que no pueden cubrir plenamente con su ingreso monetario” (Hintze, 1989 a: 32). Esto es, el uso de los circuitos -de los comedores, las copas de leche y el acceso a cajas de alimentos- son analizados a partir de un criterio fijado por la investigadora -el nivel de ingreso de las unidades domésticas y su participación en el sector formal de la economía. Lo que la lleva a concluir que a “menor nivel de ingreso mayor uso de los circuitos” (Hintze, 1989 b: 154). Y en función de esa correlación, la autora se pregunta: ¿por qué las familias que alcanzan un “mejor nivel de ingreso” dejan de utilizar los servicios disponibles aún cuando sus condiciones de reproducción distan de ser “adecuadas”? (Hintze, 1989 b: 159, mis comillas).

La respuesta de la autora se asienta principalmente en el modo en que las políticas públicas son

instrumentadas, difundidas entre los beneficiarios. Y señala la necesidad de convertir los sistemas públicos de suministros de alimentos por canales burocráticos de arriba-abajo, en formas participativas y que la gestión de las propias madres haga más “eficiente” el uso de los recursos disponibles (Hintze, 1989 b: 160, mis comillas). Todo sucede como si el suministro de alimentos y el uso de los circuitos fuera una decisión -la estrategia- que las madres toman sólo en función de sus ingresos. Esto es, en función de la necesidad. Sin señalar de qué modo intervienen otros factores, como las relaciones familiares y vecinales. Y más aún, desconociendo, por completo, las relaciones que las madres tienen con las personas que coordinan las instituciones que actúan en los barrios (trabajadoras sociales, agentes sanitarios, médicos y líderes barriales) a cargo de las tareas de inscripción y admisión de los niños beneficiarios. Los que como vimos, en particular en el caso de Santa Rita, donde esas relaciones juegan un papel fundamental para que las personas se decidan a participar en política.

Este aspecto resulta central porque permite llamar la atención acerca de otro aspecto de los críticos de la asistencia social que destacan las dificultades o “escollos” de los vecinos para organizarse en proyecto común provocada por la volatilidad de los recursos o más bien por la falta de continuidad originada, en buena medida, por cada cambio de gobierno (Golbert, 1992:64).

La inestabilidad de los recursos que el gobierno ofrece así como el mismo Estado son de naturaleza inestables. Prueba de ello eran los numerosos comedores y copas de leche que se abrían y cerraban en La Matanza por diversos motivos.

Sin embargo, la perspectiva que asocia la política a conciencia político-ideológica y a un modo de vida específico, no se condice con los aspectos considerados en esta etnografía en relación al significado que los vecinos de Santa Rita daban a su involucramiento en las actividades políticas. De esa manera, podemos percibir que si bien los objetos en circulación y los gobiernos eran fugaces, no ocurría lo mismo con las relaciones que aquellos bienes creaban entre los vecinos, que reper-

cutían en un aprendizaje del lenguaje y las formas de la gestión pública; como si se tratara de una pedagogía política -como las interpelaciones que Nina hacía a las mujeres, en particular durante las reuniones en las que exponían los problemas en el sostén del comedor.

Se trata de una forma de participación política que no podemos considerar espuria o irracional por diferir de ciertos tipos ideales de participación política vinculados a la conciencia ideológica -propios de los criterios etnocéntricos con los sectores medios y burgueses piensan la política. Sin embargo, el análisis etnográfico de tales acciones también nos revela que entre los sectores populares el voto podía ser una decisión fruto del convencimiento y la voluntad. No olvidemos, que Alicia aseguró muy decidida votar por Rubén luego de haber pasado por una experiencia poco grata con los piqueteros. De modo que, la experiencia etnográfica también nos permite dar cuenta que, por momentos, se torna imposible fragmentar la experiencia de los sujetos a partir de encuadramientos ajenos como la clásica división entre política y economía, acusando así a quienes se involucran en política por razones económicas.

Otro aspecto, que nuestra etnografía nos permite elucidar, es lo relativo no sólo a cómo la tan mentada competencia entre peronistas y piqueteros se había tornado posible sino también cómo había logrado sostenerse el equilibrio de fuerzas cuando como pudimos observar las personas se pasaban de un dador a otro. Recordemos, Alicia había estado con los piqueteros y se había pasado con Rubén. De algún modo aquella competencia era el resultado de profundas transformaciones en la figuración social (Eliás, 1991), favorecida por una conjunción de condiciones sociales.

En primer lugar, crisis en el mundo de trabajo originada por las políticas neoliberales ejecutadas a partir de 1976 con el inicio de la dictadura militar; reforma del Estado ejecutada en los años 90 cuando ya con un gobierno democrático fue

necesario que el Congreso de la Nación sancione leyes laborales más flexibles, en lo relativo a las modalidades de contratación y despido de trabajadores; la disponibilidad de recursos públicos con que asistir a las masas de desocupados generadas por esas políticas; y la constitución de nuevos liderazgos por fuera de las estructuras tradicionales, que tuvieron lugar a comienzos de los 80, aún en tiempos de la dictadura militar y que cobraron visibilidad pública en los 90 con los piquetes y cortes de ruta. Tales transformaciones nos permiten explicar no sólo cómo la competencia entre peronistas y piqueteros se había tornado posible sino también, aún así, cómo era que el equilibrio de fuerzas lograba mantenerse. Un primer indicio era la condena moral a los distribuidores, como Rubén, Nina, Julia y Rosa. No perdamos de vista que nuestro punto de entrada fueron los espacios de comensalía pública y el tratamiento concedido a los alimentos. Y la alimentación, al cumplir una necesidad biológica, nos introduce en el debate sobre las formas de la reproducción social, sus amenazas y peligros.

Como vimos, la literatura sobre políticas de asistencia alimentaria al pensar el problema a partir de la necesidad y concebirla como estrategia no puede explicar por qué las personas no usan los circuitos aún cuando sus condiciones de reproducción dejan de ser adecuadas<sup>14</sup>. En otras palabras, ¿por qué las personas aún cuando pasan necesidad no mandan a sus hijos al comedor? Nuevamente la necesidad, la carencia material o el instinto de sobrevivencia vuelve a estar en el foco argumentativo de los comportamientos. He aquí un problema de explicación básico señalado por Sigaud (1995) en su reseña del célebre *Death without weeping* de Nancy Sheper-Hughes. Para Sigaud explicar los comportamientos sociales de las madres en relación a sus hijos en términos de penuria o hambre se constituye en un peligro que ignora una regla sociológica básica enunciada por Durkheim que supone explicar los hechos sociales a partir de otros hechos sociales. De lo contrario, al reducir los compartimientos sociales a la experiencia biológica del hambre estamos desco-

14. Trabajos recientes han señalado formas superadoras de intervención de la pobreza como problema social. Entendiendo que las formas de intervención estatal están históricamente condicionadas, y que durante décadas se ha privilegiado un modelo que suponía la promoción automática de los sujetos intervenidos mediante políticas públicas. En ese sentido, consúltense Arias (2012).

nociendo la mediación un aspecto fundamental, como si entre la experiencia biológica del hambre y los comportamientos sociales no hubiera la mediación de lo social (Cf 1995: 170).

De modo que tal conexión no ha sido demostrada. En el comedor de Santa Rita, así como Julia se llevaba la comida, había otras que se negaban a hacerlo probablemente porque tenían en convertirse en objeto de chisme o porque se sentirían en deuda con Nina y preferían no deber un favor. Como quiera que sea, sus conductas no se explican por la carencia de alimentos o el hambre y la desnutrición, o de manera más técnica como estrategias de supervivencia. Sino por un entramado de relación de dependencia recíproca que creaba mutuas obligaciones y derechos.

La comida preparada adquiría un nuevo valor creado a través del trabajo diferencial de cada una de las participantes. Había allí creación de valor y consecuentemente la constitución de un derecho. De ahí la disputa. Sin embargo, sobre los alimentos recaen ciertos tabúes que en las escenas retratadas de Santa Rita fueron reveladas a través del chisme. El chisme era la forma de decir aquello que no podía decirse abiertamente; o también y lo que es lo mismo, el chisme era la expresión del tabú quebrantado. Y cuando una norma se transgrede algo se contamina, en este caso que la pobreza era la condición de posibilidad de la política; y que, en gran medida, era aquella la que permitiría el ascenso de Rubén a un cargo electivo.

Sin embargo, había otros elementos en juego que no se ceñían al barrio sino que configuraban relaciones de poder y dominación que involucraban al Estado, los movimientos sociales y el Partido Justicialista. Más precisamente a la capacidad del Estado para negociar en otros ámbitos desde “La Matanza movilizada”; y a la visión del Estado en tanto gobierno con su capacidad para movilizar buena parte de sus estructuras con la intención de neutralizar el conflicto social. Lo que esta etnografía nos permite discutir son límites del lenguaje teórico con que interpelamos a nuestros

interlocutores de campo. En el caso concreto del comedor de Rubén, el concepto de Estado resultaba debilitado siendo la noción de gobierno más adecuada para lidiar con las formas de la vida cotidiana signada por cambios permanentes<sup>15</sup>. Pero esta noción que supone, siguiendo a Borges (2009), considerar la dimensión vívida del Estado, no exógena al contexto estudiado sino surgido del ejercicio de un gobierno que otorga recursos; y cuya relación con los beneficiarios más que de deuda es antes una relación de apreciación reflexiva, que se traduce en la sensible manipulación de los instrumentos de navegación a disposición en un gobierno, capaces de suplantarse la inexistencia práctica de derechos universales garantizado por un Estado concebido abstractamente solo en nuestras teorías. El gobierno es, entonces, el que sustituye o repara la ausencia práctica de derechos universales mediante la gestión de las políticas públicas o los recursos como los planes y mercaderías. Sin embargo, tal sustitución era posible mediante la combinación de dos elementos: un gobierno que pone en práctica una apreciación reflexiva y una manipulación sensible de recursos, que en última instancia son cedidos a cambio de votos, debía ser un gobierno democrático en pleno uso de sus instituciones a fin de garantizar derechos universales enunciados pero no ejercidos.

En segundo lugar, la necesidad de reparación supone la existencia de desigualdades sociales de las que nos testificaban vívidamente los vecinos mantanceros. En suma, pobreza y democracia se requerían mutuamente para performar estos circuitos de redistribución de recursos públicos. Varios eran los efectos de esta combinación. En primer lugar, el gobierno al conceder la redistribución de recursos no sólo a través de las redes constituídas por los municipios gobernados por el peronismo sino también por los movimientos u organizaciones piqueteras había contribuido a neutralizar el conflicto social. Ahora peronistas y piqueteros integraban una misma lista y contribuían a sostener un mismo gobierno. Sin embargo, con los rumbos que Rubén y Nina dieron a sus vidas contribuyeron a gestar una nueva modalidad

15. Estudios recientes han mostrado el peso de las redes barriales y comunitarias en la gestión de planes alimentarios. Véase, Clemente (2010).

de política pública ya no amparada en criterios impersonales sino en aquellos que resultaban de la política o la lucha social. De esa manera, daban a su práctica un sentido pedagógico que procuraban transmitir a sus contemplados. Más que reproducir un orden social, la intervención de Rubén y Nina había conseguido alterar una modalidad del servicio público sostenida en base a una supuesta racionalidad y a un deber ser de igualdad para todos; y abría un nuevo camino donde la política popular incluía aspectos impensados del orden moral como los tabúes y los chismes particularmente ausentes en estudios de políticas públicas sólo pensadas en base al cálculo y la racionalidad.

## Bibliografía

- Aguirre, P. (2005) *Estrategias de consumo: qué comen los argentinos que comen*. Buenos Aires, Editorial Miño y Dávila.
- Arias, A. (2012). *Pobreza y modelos de intervención. Aportes para la superación del modelo de asistencia y promoción*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- Arribas, V. et al. (2006) "Canibalismo y pobreza". En Boivin, Mauricio et al. (comp.) *Constructores de otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia,
- Arribas, V. (2008) "La imagen mediática del hambre en contextos de crisis". En Rosato, Ana y Arribas, V. (comp) *Antropología del consumo. De consumidores, usuarios y beneficiarios*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia
- Auyero, J. (comp) (1997). *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires: Losada,
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelares del peronismo*. Buenos Aires. Editorial Manantial.
- Auyero, J. (2002) "Clientelismo político en Argentina: doble vida y negación colectiva". Perfiles latinoamericanos. Junio Nro 020: pp, 35-52.
- Auyero, J. (2007) *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Borges, A. (2009) "O emprego na política e suas implicações teóricas para uma antropologia da política" Em Grimberg, M; Fernández Álvarez, M y Rosa, M. (comp.) *Estado y movimientos sociales. Estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. Editorial Antropofagia, Buenos Aires, pp. 179-203.
- Clemente, A. (2010) *Necesidades Sociales y Políticas Alimentarias. Las Redes de la Pobreza*. Buenos Aires, Espacio Editorial.
- Colabella, L. (2009) *Fazer política ou lutar pelo social Uma etnografia das formas de redistribuição da Grande Buenos Aires*. Tese de Doutorado. PP-GAS- MN- UFRJ.
- Colabella, L. (2010). "Patrões e clientes ou redistribuição entre iguais? Uma reflexão sobre clientelismo e suas transposições contextuais". En Revista Mana. Estudos de Antropologia Social, 16(2), pp. 287-310.
- Elias, Norbert (1991) *Qu' est-ce que la sociologie?* Paris Editions de L' Aube.
- Elias, N. y Scotson, J. (2000) *Os estabelecidos e os outsiders. Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar.
- Fasano, P. (2006) *De boca en boca. El chisme en la trama social de la pobreza*. Buenos Aires, Editorial Antropofagia-IDES.
- Fonseca, C. (2000) *Família, fofoca e honra. Etnografia das relações de gênero e violência em grupos populares*. Porta Alegre, Editora da UFRGS
- Golbert, L. (1992) *La asistencia alimentaria. Un nuevo problema para los argentinos*. En Lumi, S., Golbert, L. y Tenti y Fanfani, E., *La mano izquierda del Estado. La asistencia social según los beneficiarios*, Buenos Aires: Editorial Miño y Dávila, pp.43-65.
- Hintze, S. (1989a). *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina (Vol. 1).
- Hintze, S.(1989b). *Estrategias alimentarias de sobrevivencia. Un estudio de caso en el Gran Buenos Aires*.

- Buenos Aires. Centro Editor de América Latina (Vol. 2).
- Masson, L. (2002) "La villa como aldea". En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXVII, pp. 71-78.
- Milanesio, N. (2010) "Food politics and consumption in Peronist Argentina" In: Hispanic American Historical Review, pp. 75- 107.
- Quirós, J. (2006) *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Quirós, J. (2008) "Piqueteros y Peronistas en la lucha del Gran Buenos Aires. Por una visión no instrumental de la política popular". En Cuadernos de Antropología Social, N° 27, pp. 113-131.
- Rodríguez, L. (2005). *Las mujeres mercosureñas: el MERCOSUR con mirada de género*. En Frederic, S. y Soprano, G. (comp), *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina* (pp. 219-270). Bernal: Editorial de la Universidad de Quilmes.
- Rosato, A. (2003). *Líderes y candidatos: las elecciones 'internas' en un partido político*. En Rosato, A y Balbi, F. (comp.), *Representaciones sociales y procesos políticos*. Estudios desde la Antropología Social. Buenos Aires: Editorial Antropofagia, pp. 61-80.
- Sigaud, L. (1995) "Fome" e comportamentos sociais: Problemas de explicação em Antropologia". Em Revista Mana. Estudos de Antropologia Social, 1(1), pp. 167-175.
- Soprano, G. (2002) "A favor de una etnografía sobre clientelismo político y peronismo". Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales, pp. 483-488.
- Soprano, G. (2005) "La producción de actores e identidades políticas en el peronismo durante una campaña electoral". En S. Frederic y G. Soprano (comp.) *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Bernal: Universidad de Quilmes, pp. 161-196.

